

Centro de Estudios “La Cañada”
Taller de Economía 2022

Los problemas del mundo actual

Reunión N° 5

Índice

Reunión N° 1

Introducción

1. Integración de subjetividad y objetividad
 - 1.1. Los diferentes niveles de subjetividad
 - 1.2. Conciencia global, ideología y política
 - 1.3. La negación de la objetividad
 - 1.3.1. Efectos de la negación de la objetividad - Los falsos debates
 - 1.3.2. Efectos políticos de los falsos debates
2. La conciencia global
 - 2.1. Papel histórico de la conciencia global
 - 2.2. La evolución de la conciencia global

Reunión N° 2

Introducción

- 2.3. Un caso de cambio en la conciencia global
- 2.4. Condiciones actuales de la conciencia global
 - 2.4.1. Cambios en la fase analítica
 - 2.4.2. Cambios en la instancia de las políticas
 - 2.4.3. Conclusiones acerca de las condiciones actuales
- 2.5. Cambios futuros en la conciencia global
 - 2.5.1. Por tecnologías disruptivas
 - 2.5.2. Por crisis institucional
 - 2.5.3. Por nuevas dimensiones de la realidad

Reunión N° 3

Introducción

3. Ideologías
 - 3.1. Las ideologías y el tiempo
 - 3.2. Ideologías y bases materiales objetivas
 - 3.3. Efectos de las crisis sobre las ideologías
 - 3.4. El arco de las ideologías
 - 3.4.1. Ideologías progresivas
 - 3.4.2. Ideologías conservadoras
 - 3.4.3. Ideologías regresivas

Reunión N° 4

Introducción

4. Políticas
 - 4.1. Deformación de las políticas en la instancia analítica
 - 4.2. Deformación de las políticas en la instancia de las acciones
 - 4.3. La deformación de las políticas concretas
 - 4.3.1. Dispersión y contradicción de políticas en el campo progresista
 - 4.3.1.1. Un caso actual
 - 4.3.1.2. Un caso histórico
 - 4.3.1.3. El origen de los errores
 - 4.3.1.4. El papel de las incoherencias
 - 4.3.2. Dispersión y contradicción de políticas en el campo conservador y regresivo
- Anexo a 4.3.1.2.

Reunión N° 5

Introducción

- 5.- Construcción de las políticas
 - 5.1. Diseño y ejecución de las políticas
 - 5.2. La diferenciación de políticas.
 - 5.3. La construcción de políticas regresivas
 - 5.3.1. La exteriorización de las políticas regresivas
 - 5.3.2. Los fundamentos de las políticas regresivas
 - 5.3.3. La comunicación de las políticas regresivas
 - 5.3.4. El papel de la difusión en las políticas regresivas
 - 5.3.5. Los efectos de las políticas regresivas
 - 5.3.6. La neutralización de las políticas regresivas

Introducción

En las reuniones del 2021, hemos revisado la instancia analítica del accionar humano. En el 2022, lo hacemos con la instancia de las políticas. En la primera parte (3 reuniones anteriores) hemos analizado la vinculación entre conciencia global, ideologías y políticas, es decir, la formación de las ideas, sustento de las políticas. Ahora pasamos a la construcción de esas políticas.

5. Construcción de las políticas

Analizaremos, de manera sucesiva, el diseño y ejecución de las políticas y su diferenciación. A partir de allí revisaremos sus polos: regresividad y progresismo. Y en esta reunión, aquellas vinculadas a la regresividad. Lo haremos a través de su exteriorización, sus bases, su comunicación, el papel de la difusión, sus efectos y como neutralizarlas. Las reuniones siguientes estarán dedicadas a la problemática de la construcción de políticas progresivas.

5.1. Diseño y ejecución de las políticas

La posibilidad de cumplir objetivos a través de acciones concretas, radica en su punto de partida: identificar la retroalimentación entre los procesos materiales e históricos con las formas de organización social y sus aspectos culturales, y de éstas, con la formación de la conciencia global.

Y esos procesos se van desplegando, bajo la forma de crisis. Sin embargo, son cambios sólo visibles si nos ubicamos en la perspectiva del largo plazo civilizatorio. Esas transformaciones, moldean los diferentes niveles de conciencia (global, grupal e individual), las ideologías (progresivas, conservadoras, regresivas) y la maraña de las políticas.

Por el contrario, si nos ubicamos en la dimensión humana del tiempo, esos cambios son casi imperceptibles. Para registrarlos, es necesario realizar un esfuerzo mental a fin de “escapar” del cerco tendido por la percepción del tiempo. Sobre todo, cuando el entorno cultural en su conjunto, empuja, y de manera sistemática, hacia una visión sólo de corto plazo.

Ya hemos explicado (primera reunión de este ciclo) porque nos interesan los cambios en la conciencia global, solo posible de visualizar en periodos de mayor extensión, respecto a la noción humana del tiempo.

De manera ejemplificativo, repasemos algunas de esas modificaciones producidas en los últimos siglos. Fue posible pasar de una concepción del Estado Mínimo en el siglo XIX, al Estado de Bienestar del siglo XX. Desde inicios hasta el fin de ese siglo XX, pasar del concepto de la guerra como una extensión de la política internacional, a la paz como valor humano universal. Entre los siglos XX y XXI, pasar de la discriminación sexual, la prioridad del género masculino y el usufructo del medio ambiente, al reco-

nocimiento de la diversidad sexual, la igualdad de género y la necesidad de la preservación ecológica.

Los problemas en la construcción de políticas, surgen cuando las condiciones culturales deforman la percepción de la realidad. Ésta tiende a ser observada de manera unidimensional (económica, geopolítica, social, ambiental, etc.). Además supone, hacia dentro de esa única dimensión, relaciones mecanicistas y superficiales, que implican la exclusión de los procesos subyacentes y su retroalimentación. Sin embargo, frente a la especificidad de las crisis actuales, ya comienzan a mostrarse distorsiones, lindantes con el ridículo.

Esto viene sucediendo históricamente, pero hoy, esa problemática, se potencia cuando se pretende elaborar políticas frente a los procesos y crisis actuales. En el pasado, sólo tenían efectos en el muy largo plazo. Es el caso de los cambios tecnológicos y de organización social, cuya visualización requiere una mirada, al menos, en términos de siglos.

Pero ya en el siglo XX, la dimensión de las crisis, comenzaron a provocar cambios en la conciencia global, en las ideologías y en las políticas, en periodos medidos en décadas (guerras, cuestiones sexuales, de género, de ambiente). Y en el siglo XXI, su impacto multidimensional, las diferencia de las anteriores, por la inmediatez de sus efectos.

La profundidad y masividad de la conmoción, y en lapsos muy cortos respecto a la escala de tiempo civilizatoria, son percibidas como verdaderos terremotos por sus efectos sobre la conciencia global, las ideologías y las políticas.

En ese sentido, se destacan los efectos de la pandemia y la necesidad de aplicar el aislamiento, una técnica sanitaria recomendada ya hace un milenio. Ese encierro, en condiciones de cambios agudos e incertidumbres, hizo posible reflexionar y tomar conciencia acerca de la vulnerabilidad del género humano. Y esto hace posible percibir confusiones, tanto en las acciones de gobierno, como en las propuestas de la oposición.

La especificidad de este tipo de crisis ha generado cambios posibles de medir en lapsos de meses. Plazo muy breve bajo una mirada histórica. Un resultado concreto de esas transformaciones, es una agenda común de prioridades a nivel mundial: polarización distributiva, calentamiento global y pandemia.

Y esa experiencia se acumula a la ya existente. Fue la percepción de un riesgo permanente de guerra nuclear a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, hoy reactivada con la invasión de Rusia a Ucrania. Y junto a las crisis actuales han concientizado respecto al riesgo de un colapso de la hu-

manidad. Son cambios radicales en la conciencia global, a reflejarse en el futuro, en las ideologías y en las políticas.

En cambio, las crisis históricas (conflictos geopolíticos, económicos, sociales, etc.), fueron percibidas como unidimensionales y de manera superficial. Y por ende, el intento de resolverlas tuvo resultados negativos. Las crisis actuales con impacto casi inmediato, están produciendo la ruptura respecto a aquellos criterios.

Comienza a surgir la necesidad de transformaciones radicales. Ya no bastan acciones reparativas para volver a la “normalidad” anterior. Principia a asumirse la acumulación de procesos, la existencia de puntos de inflexión, y con algunos de ellos, ya en situación de no retorno.

Históricamente, las crisis convencionales, aun aquellas reputadas como muy graves, han sido tratadas no solo de manera unidimensional y superficial, sino también como hechos circunstanciales y externos. Y función de esa descripción, se instrumentaron políticas muy limitadas.

Como hechos circunstanciales, por considerarlos situaciones pasajeras y reversibles, posibles de retrotraer mediante acciones reparativas. Como hechos externos por estar provocados por condiciones imposibles de ser previstas: un “cisne negro”, o la malignidad congénita de un grupo social, político o étnico.

El pensamiento subjetivo y voluntarista, impuesto por el entorno cultural, no podía concebir los hechos como producto de procesos autónomos, es decir, provocadas por el propio funcionamiento retroalimentado en la naturaleza y en las formas de organización de la sociedad. Y mucho menos, la interacción de procesos entre naturaleza y sociedad.

Por el contrario, este nuevo tipo de crisis produce efectos contundentes en todas las direcciones imaginables, poniendo sobre el tapete la alternativa de una salida progresiva. Y el impacto de esto sobre ideologías de regresividad extrema es de tal magnitud, que la única salida posible resulta de desconocer su existencia. De aceptarlas, se derrumbarían todas sus construcciones mentales.

De los impactos de estos cambios, nos interesan sus efectos sobre los puntos polares del arco ideológico. En condiciones de agudización de las crisis, las corrientes que pretenden ubicarse en zonas de “equilibrio” entre polos (de “centro”, “conservadores”, y similares), resultan sistemáticamente desplazadas. Por eso, en condiciones de crisis agudas, nos interesa, en particular, los polos progresivo y regresivo.

Las crisis actúan a la manera de un gigantesco reflector, echando luz sobre las transformaciones a realizar. La propia crisis transparente y sugiere

cambios progresivos. Y en el muy largo plazo histórico (siglos y milenios), han provocado una direccionalidad progresiva muy definida.

En el otro polo, los sedimentos culturales hacen posible, frente a los cambios, sólo destacar sus efectos sobre la modificación de valores e intereses ya arraigados. De esa manera, llevar a los potencialmente afectados, a sentirse ubicados en la “última línea defensiva”.

En esas condiciones, los valores e intereses son interpretados, no como parte de un proceso histórico, sino como algo “absoluto”, es decir, parte de la naturaleza humana y por ende, no sujeto a debate. Aparecen, cuando se esgrime, el valor de la “libertad”, frente a la exigencia de vacunación; cuando frente a una intervención del estado, la “propiedad privada” es transformada en un derecho natural; cuando frente a una legislación sobre el aborto, es calificada como un “asesinato”. Serían derechos absolutos, inherentes a la naturaleza humana, y por ende no admiten, ni siquiera, la posibilidad de debatirlo.

La aceptación o rechazo de los cambios sugeridos por las crisis, generará los polos políticos. Aceptarlas implica reconocer e impulsar los cambios progresivos. De su rechazo surgen las políticas regresivas. El impacto central de las crisis se produce en los polos y la reacción, progresiva o regresiva de las políticas, dependerá de las condiciones culturales y sociales previas.

5.2. La diferenciación de las políticas.

La magnitud de los principales problemas actuales (pandemia, calentamiento global, polarización distributiva), no solo conlleva efectos negativos. La propia crisis y su entrelazamiento sugieren alternativas de corte progresivo, siempre dominantes en el muy largo plazo civilizatorio.

Sin embargo, en lapsos menores, posibles de visualizar a través de la noción humana del tiempo, estas “sugerencias” chocan con los intereses establecidos de tipo social, económico y cultural, generando reacciones conservadoras y regresivas.

En las de tipo conservador, esos intereses son defendidos mediante el criterio de mantener, a toda costa, el statu-quo anterior. Y de allí surge la diferenciación con los grupos regresivos. Así como los conservadores tienden a mantener las formas ya vigentes, los grupos regresivos visualizan a las tendencias progresivas, formando parte de una evolución de largo plazo, donde la permisibilidad conservadora, a lo largo de siglos, filtró algunos cambios, en tanto no agrediesen de manera directa, sus intereses económicos. Y esas modificaciones, aunque en dosis homeopáticas, hicieron posible, en el muy largo plazo, cambios sociales y culturales.

Los grupos regresivos adjudican el origen de las crisis actuales, justamente, al efecto acumulativo de esas tendencias progresivas, y posibles por una lenta, pero persistente filtración de concesiones conservadoras. En su criterio, jamás debieron admitirse.

En ese sentido, promueven, en lugar del statu-quo de las normas vigentes, el regreso a las condiciones de organización social y cultural de siglos pasados, como la única barrera efectiva frente a las “oleadas” progresistas. Allí aparecen criterios tales como, volver a la supremacía de los preceptos religiosos por sobre los de la ciencia, la implantación de autocracias, los controles ideológicos, el predominio de la masculinidad, las prácticas sexuales alternativas como una desviación psíquica, etc.

Intentar superar la crisis a través de los cambios inducidos por ella misma, implica progresividad. Su resistencia, políticas conservadoras. Su rechazo violento, las políticas regresivas. Estos enfoques generarán la diferenciación en las orientaciones políticas.

Hasta aquí, hemos intentado describir las tendencias objetivas. Sin embargo la cultura dominante, orienta la conciencia global a observar esta realidad a través del subjetivismo, incluso limitado a sus facetas individual y grupal. Nunca se llega a considerar la existencia de una conciencia global. Y su principal efecto en política, es un voluntarismo compulsivo. De esa manera, la realidad detenta deformaciones muy fuertes, dadas las formas concretas adoptadas por el conocimiento.

Para ese pensamiento subjetivista, la existencia de procesos autónomos, resulta un absurdo. Y su efecto principal se produce en la fase analítica, cuando frente a las diferentes crisis, considera innecesario indagar acerca de su origen y vinculaciones. Los temas son tratados de manera aislada, superficial y cortoplacista. De esa forma, las políticas a implementar, son solo reparativas. Nunca podrían llegar siquiera a rozar, y mucho menos a modificar, los procesos y sus efectos estructurales. El camino está allanado para que éstos puedan seguir avanzando sin obstáculo alguno.

Y en lapsos prolongados, aparecen las consecuencias negativas, derivados de permitir el libre desarrollo de los procesos y sus efectos deformantes. Incluso, logros parciales de las políticas paliativas (p. ej., asistencialismo contra la pobreza), terminan arrasados en la crisis siguiente, ratificando la necesidad de implementar, en lugar de ellas, los cambios estructurales sugeridos a partir de un análisis crítico de la propia crisis.

En los periodos de profundización, generalización y entrelazamiento de crisis, la polarización entre alternativas progresivas y regresivas surge con fuerza inusitada. Lo ejemplificamos con las crisis de las primeras décadas del siglo XX y las actuales. Estas, van creando, de manera simultánea, impactos progresivos y regresivos de tal magnitud que terminan desplazando

las reacciones “conservadoras” o de “centro” (de centro-derecha y de centro-izquierda), dominantes en periodos de estabilidad relativa.

Y éstas tienden a declinar porque en ese tipo de terreno, esas alternativas tienden a fracasar. O bien, tratando de mantener el statu-quo de las condiciones vigentes, típica de los grupos caracterizados como de “centro-derecha”; o bien intentar administrar y dosificar los cambios, de acuerdo a recetas prestigiosas del pasado, típicas de los grupos de “centro-izquierda”.

En este último caso, aunque fueron políticas surgidas de un diagnóstico objetivo, éste ya ha sido superado por acontecimientos enteramente nuevos, haciendo posible la cristalización de aquellas propuestas, pasando a asemejar, a la lealtad a un culto.

En lugar de rendir acatamiento a un programa político, reiterando una y otra vez aquel texto, el verdadero homenaje a sus antecesores, resulta de volver a reproducir lo realizado en décadas pasadas cuando no tenían de donde “copiarse”: realizar un diagnóstico objetivo (material e histórico) de los procesos, extrayendo las tendencias progresivas, a fin de elaborar un programa para desarrollarlas.

5.3. La construcción de políticas regresivas

Comenzamos por las reacciones regresivas, habitualmente expresadas por vía del negacionismo, la conspiración y el rechazo a los avances científicos. Se trata de una reacción primaria frente a hechos complejos y traumáticos, cuyas circunstancias, o no pueden comprenderse o afrontarse. Y como resultado, o bien se niega su existencia, o bien son atribuidas a circunstancias creadas, de manera artificial, por gente maligna con “poder”, sin ninguna aclaración al tipo de poder y la forma de ejercerlo. En la historia política existen múltiples casos de ese tipo.

5.3.1. La exteriorización de las políticas regresivas

Y actualmente, frente a graves crisis enlazadas, alcanzan un extraordinario desarrollo en todo el planeta. Niegan la existencia de crisis tales como la pandemia y el calentamiento global. Por ejemplo, en el caso específico de la pandemia, la causa principal entre otras, es atribuida a una creación malévola, para justificar la inoculación universal de “vacunas” conteniendo alguna droga o chip de computadora con el propósito de dominar las mentes de los habitantes del mundo.

Desde la política, esto tiene un significado muy definido. Es una variante de la tradicional defensa del statu-quo, pero llevada al extremo. Son afirmaciones realizadas a fin de eludir la única alternativa posible: aceptar la existencia objetiva de la pandemia.

Y esto, para ese tipo de orientación, podría resultar altamente peligroso. Llevaría a indagar sobre su origen y allí toparnos con el sistema de organi-

zación social de la producción y el consumo, y sugerir vías de salida de tipo progresivo, a priori, rechazadas de plano por la influencia de la cultura convencional.

Ese negacionismo, resulta más evidente en materia ambiental y de salud. Sin embargo, la argumentación es muy burda. Y la propia evolución de los hechos, termina por disolverlos, creando condiciones tendientes a reforzar los criterios progresivos.

Aunque ese negacionismo fue y sigue siendo un movimiento importante, incluso con presidentes de grandes países participando y/o liderando esa tendencia, el tiempo y los procesos siguen su curso. Y estas interpretaciones, al enfrentar la cruda realidad, no solo se derrumban sino también multiplican las alternativas progresivas. Y ha hecho posible desplazar a Trump en Estados Unidos, lo está haciendo con Bolsonaro en Brasil, ha evitado la llegada de Kast al gobierno de Chile y de Le Pen al de Francia.

Pero está faltando explicar la negación frente a las crisis en la dimensión socio-económica. Es el caso de la polarización distributiva, cuyos efectos son, por una parte, mayor concentración de la riqueza, y por la otra, de manera simultánea, tendencia hacia mayores niveles de pobreza e indigencia. Bajo el análisis convencional surge la necesidad de compensarlos en base a criterios de estado de bienestar. Sin embargo, los actuales procesos tecnológicos disruptivos hacen cada vez más difícil efectivizarlo.

En esos casos, “negar” el origen y efectos de la pobreza e indigencia, resulta un “poquitito” más difícil eludir. Por eso, las tendencias regresivas, en lugar de plantear de manera directa la inexistencia de ese problema, se ensaya su aceptación, pero negando su origen socio-económico. Es atribuido a causas, cuasi-imposibles de modificar, al menos en los horizontes de la percepción humana del tiempo.

Allí aparecen como factores generadores de esas condiciones, las pautas étnicas, psicológicas, culturales, climáticas, dotación de recursos naturales y factores similares. Pero todos con una característica común: sólo posibles de ser modificadas en el muy largo plazo.

Y lo graficamos con los dichos de una caracterizada política de Argentina: *“los pobres no tienen que tener miedo de ser ricos”*

(<https://www.noticiasnet.com.ar/noticias/2019/09/30/56635-carrio-los-pobres-no-tienen-que-tener-miedo-de-ser-ricos>). ´

Significaría que no existe en la estructura social impedimento alguno para llegar a ser rico. El problema sólo radica en detentar la fortaleza psicológica necesaria para afrontarlo. Y de ser cierto, no está al alcance de la política, lograrlo dentro de lapsos de percepción humana.

El negacionismo es una de las deformaciones mentales más extendidas a nivel de la psicología individual. En este caso, se trata del mismo mecanismo de defensa, pero ubicado a nivel de grupos sociales. Y ya en ese terreno, de manera similar al caso individual, las condiciones existentes no pueden ser comprendidas y/o soportadas.

Y ese negacionismo no sólo es practicado en coyunturas de graves crisis superpuestas como la actual, sino también en todos los frentes del conocimiento. Un caso notable resulta de la negación de los avances científicos. Su forma concreta: medicinas alternativas, terraplanismo, esoterismo, etc.

Aunque la objeción a la ciencia es de vieja data, se había mantenido dentro de círculos estrechos tipo secta. Por el contrario, las condiciones tecnológicas actuales en materia de difusión, introduce un cambio crucial y hace posible su generalización.

En los casos más críticos, tales como pandemia y el calentamiento global, el ataque a la ciencia complementa la negación del fenómeno. Se denuncia a los científicos por falseamiento de datos de clima, por ocultamiento de supuestos efectos neutralizantes de la pandemia en base a algún alimento, hierba o compuesto químico de acceso sencillo, etc.

Las agresiones a la ciencia por parte del ex - Presidente de EEUU, Donald Trump, resultan notorios al respecto. Sin embargo, es justamente allí donde aparecen las contradicciones de ese criterio. Se agrade a la ciencia cuando es aplicada a la cuestión ambiental, biológica, etc. Pero se la ensalza, cuando es orientada a potenciar la capacidad militar.

Ese negacionismo no debería alcanzar más allá de unas pocas reacciones individuales. Sin embargo, cuando se toman medidas para contrarrestar efectos de la pandemia, del tipo de vacunación obligatoria, o tender cercos institucionales para inducir hacerlo, con el objetivo de generar “inmunidad de rebaño”, aparecen resistencias colectivas y de alta agresividad. Tal como ya asomaba el problema, de continuar con altos niveles de contagio, esa rebeldía se hubiese convertido en el principal conflicto político planetario.

Sin embargo, el avance de los procesos, coloca al negacionista en riesgo de hacer el ridículo. Cuando las crisis ya resultan innegables, ese mismo subjetivismo “crea” una justificación ad-hoc.

Allí se ensaya la alternativa de la conspiración. Admiten la existencia del problema, pero es atribuido a una creación artificial y consciente. Las causas pueden ser múltiples, pero siempre de corte subjetivo, es decir, imposible de demostrar o refutar: el puro gusto de hacer daño; controlar el mundo; justificar acciones de gobierno; distraer la atención de los “verdaderos” problemas, etc.

Como nunca podría ser producto de un proceso autónomo, la única alternativa posible es la existencia de personas o grupos, dotados de una maldad congénita o de una ideología perversa, provocando problemas con fines inconfesables. Y la “misión terrenal” auto-adjudicada por los grupos regresivos, resulta de descubrir, denunciar y aniquilar esas tendencias.

Nunca se utilizan argumentos susceptibles de ser demostrados de manera objetiva, y por ende quedan sujetos sólo a las creencias individuales. De esa manera, frente a una eventual crítica, resulta posible interpretarla como una agresión a las más íntimas convicciones personales: religión, familia, ideología y todas las subjetividades posibles.

El caso actual más difundido es el de mentes perversas provocando la pandemia con el fin de controlar la humanidad, mediante la vacunación masiva a fin de permitir inocular drogas, sustancias hipnóticas, introducir cambios genéticos, colocar chips electrónicos, etc. Cualquiera de estas alternativas, desembocan en el mismo objetivo: manipular la voluntad de la población mundial.

Aquí es donde aparece la conspiración, y de paso, dejar claramente señalado, la necesidad de un castigo ejemplar a los responsables de una maldad tan extrema. Si revisamos la historia mundial nos toparemos con muchos de esos casos (los “Illuminati”, los “protocolos de los sabios de Sion”, etc.), donde el “castigo a los culpables” insinuados en las denuncias, fue finalmente efectivizado. Y en la historia de la humanidad, quedaron registrados como verdaderas tragedias.

En los esquemas tradicionales sobre ideologías (“izquierda - derecha”), suele adjudicarse la aplicación de estos criterios, sólo a la práctica política de los grupos de ultra-derecha. Esto surge de las habituales encuestas de opinión, donde se registran altos grados de correlación estadística, entre esa tendencia política y los argumentos conspiracionistas.

Pero se trata de una relación causal que por su propia naturaleza, resulta superficial. Supone al pensamiento de ultra derecha generando las tesis conspirativas. Sin embargo, esa correlación, jamás podría, ni afirmar ni negar, la dirección opuesta de la causalidad, es decir, mentalidades conspiracionistas generadoras de ideologías regresivas. Incluso, niega de partida, la hipótesis alternativa de una permanente retroalimentación y potenciación entre ambas.

Es un error político derivado de una correlación espuria: adjudicar los argumentos conspirativos, de manera exclusiva a los grupos de regresivos de ultra-derecha. Sin embargo, la izquierda tradicional del siglo XX, también lo ha practicado, aunque recubiertos de cierta pátina “revolucionaria”.

Un caso notable sucedió en los ´70 del siglo pasado. Algunas formaciones de izquierda, adjudicaban todos los sucesos políticos del planeta, a las manipulaciones de un grupo internacional formado por empresarios y asesores políticos de países del primer mundo. Se denominaba “Trilateral Commission”. Para colmo, fue iniciativa del magnate petrolero David Rockefeller. El menú, para una teoría conspirativa, estaba completo.

Un equivalente actual sería el grupo empresario reunido en Davos (Suiza). Pero ahora, le adjudicamos fines, posibles de demostrar de manera objetiva: justificar, difundir y presionar hacia la aplicación de políticas neoliberales. Suponemos, algo parecido hacían sus antecesores de la Trilateral.

Siempre han existido y existirán países y grupos, intentando direccionar el mundo. Pero, adjudicarle la planificación detallada de todos los sucesos del planeta, y una eficiencia garantizada de sus resultados, es demostrativo de la desmesura del planteo.

Para este tipo de conspiranoicos, todos los acontecimientos del planeta estaban planificados por estos grupos, y sus intenciones se cumplían al pie de la letra. Sucesivamente fueron, el Club Bilderberg, Trilateral Commission, y ahora Davos. Por el contrario, si realizáramos un balance de pretensiones y logros de esos grupos, en el último medio siglo, el resultado se asemejaría más al guion de algún film de Los Tres Chiflados, que a uno del agente secreto HMS 007 James Bond.

5.3.2. Los fundamentos de las políticas regresivas

Ubicamos el origen de las políticas regresivas, en una ideología realimentada por las deformaciones impuestas por la cultura dominante. Pero con un aditamento: su exacerbación en periodos de crisis, conduciendo a formas extremistas. En ese sentido, el papel central lo juega el subjetivismo y el voluntarismo aportado por el entorno cultural.

Aunque sus formas políticas concretas, se ubiquen en el extremo, sus planteos satisfacen los requisitos fundamentales de la orientación subjetivista: *simplicidad, voluntarismo y no falsabilidad*.

En el caso de la simplicidad están aplicando un principio medioeval: la verdad radica en la hipótesis más sencilla posible (“navaja de Occam”). Criterio aún hoy reproducido por los más altos niveles académicos, cuando se lo pontifica desde la cátedra universitaria.

Y se aplica sobre todo, en las disciplinas vinculadas a las ciencias sociales cuando se recomienda utilizar modelos “lo más estilizado posible”. Es decir, de partida, se rechaza la existencia de una complejidad inherente de la realidad, sus diferentes niveles y sus procesos. En ciencias de la naturaleza sólo se enseñan los resultados de las investigaciones realizadas, pero

jamás los procedimientos efectivamente utilizados a fin de reproducirlas e intentar superarlas.

Y el criterio de la simplicidad se acentúa por el shock emocional provocado por el impacto de la crisis. Esas condiciones crean altos niveles de ansiedad y temor. Surge la necesidad de otorgar sentido a los acontecimientos, y de esa manera, recuperar la certeza ante sucesos desbordantes de la comprensión. En esas condiciones, juega un papel esencial, forzar al máximo la simplificación.

Y una forma práctica de aplicar esa simplicidad, resulta del análisis unilateral de las diferentes dimensiones de la realidad. En ese sentido predomina la tendencia economicista. Toda la realidad se reduce a lo económico. Sus pautas pueden y deben ser aplicadas a todos los aspectos de la vida humana.

La simplificación aparece como el versus de la complejidad, a la que se adjudica el carácter de herramienta utilizada por los grupos enemigos para enredar con argumentos y justificar su dominación. Tomemos un debate actual. Frente a problemas de disponibilidad de órganos para trasplantes (p.ej., razones culturales o burocráticas, limitantes de su donación), se llega a proponer un “mercado de órganos”, a fin de crear alicientes capitalistas para su venta, no al paciente de mayor urgencia, sino a quien posea mayor capacidad de pago.

Sin embargo, esto choca y de manera violenta con criterios progresistas, ya incorporados a la conciencia global (solidaridad, prioridades, etc.), y produce el rechazo a ese tipo de propuesta. Queda al desnudo la obsesión compulsiva, creada por el contexto cultural de aplicar el economicismo a rajatabla.

Otro requisito del subjetivismo, la voluntad, también es aplicada, pero de manera extrema. La voluntad sería el único motor posible de los cambios de la realidad, y de paso, descarta de plano, la existencia de procesos objetivos. Todos los sucesos del mundo solo pueden derivar de acciones voluntarias “buenas” o “malas”.

Y esa dicotomía puede adoptar infinitos formatos: izquierda o derecha; nacional o cipaya; ética o corrupta; populista o republicana, etc.; llevado a cabo por personas o grupos, movilizadas por intereses espurios y/o ideologías malignas.

De esa forma, resulta posible identificar, por un lado, a los “culpables” de la catástrofe, por el otro, reconocer al “líder infalible”, que nos conducirá a la victoria sobre ellos. Y de paso, asegurarse una ubicación privilegiada del lado de los “buenos”. En esa línea, toda la política resulta sospechosamente parecida al guion de un film hollywoodense.

Ese mundo de “buenos” y “malos”, conlleva una estructura de la sociedad cuya complejidad es reducida a la voluntad de los “poderosos”. Simplificación y voluntarismo quedan unificados bajo la advocación del “poder”, el concepto más oscuro de toda la historia de la sociología. No tiene un significado unívoco y resulta posible definirlo de decenas de maneras diferentes. Pero quienes lo usan jamás intentan hacerlo.

El tercer elemento, también es aplicado de manera sistémica: hipótesis no falsables. Pero no en el sentido de Popper (diferenciar entre ciencia y no ciencia), sino bajo esa denominación identificamos afirmaciones de las cuales, nunca podría demostrarse, ni su verdad, ni su falsedad.

En la mayoría de los casos se realiza mediante el truco de la historia contra-fáctica. Son afirmaciones del tipo “si en lugar del actual presidente, el cargo lo hubiese ocupado [. . .] (colocar el nombre del enemigo preferido), la cantidad de muertos por covid hubiese sido mucho mayor”.

Y es vastamente utilizado porque actúa a modo de una red protectora. Garantiza no perder jamás un debate. La disputa desembocará, y de manera inevitable, en las creencias personales. Y ya en ese terreno, cualquier crítica, como ya dijimos, puede ser equiparada a una ofensa a los más íntimos sentimientos personales (religiosos, ideológicos, políticos, familiares, etc.).

Esto permite eludir el tema central del debate y llevar la disputa al terreno de la ofensa personal. Es el punto donde finaliza la discusión política, y se abre una “grieta”.

Y en una Argentina, donde esta práctica está muy (demasiado) generalizada, la casi totalidad de los debates políticos conllevan esa característica. De esa manera, estamos prisioneros de una gigantesca trampa, haciendo imposible movernos, como sociedad, en cualquier dirección imaginable.

Veamos porque esa grieta o polarización extrema es una trampa. No por casualidad, toda la práctica política de los sectores regresivos se enfoca hacia profundizar las “grietas”. Ya existentes o creadas ad-hoc en base a diferencias ideológicas, étnicas y religiosas. Tras esta estrategia, se intenta evitar la formación de alianzas políticas con objetivos claramente definidos, pues en ellas, se colarán de manera irremediable, propuestas progresivas.

Su operatividad consiste en diferenciarse por vía de cuestiones de alta subjetividad. Son criterios éticos, morales, y culturales tales como libertades, defensa de la vida, mandatos de la naturaleza, honestidad, etc., en lugar de establecer diferenciaciones y prioridades en función de aspectos objetivos tales como prioridades en materia económica (flujos reales o financieros; producción de bienes y servicios, públicos o privados, etc.), en materia social (concentrar o redistribuir el ingreso, niveles de vida, etc.), en ambiente, salud, y otros.

Pero no solo el presente, hacen pasar toda la historia del país por el ce-
dazo subjetivo seleccionado, generando visiones unilaterales y deformadas,
para definir un “enemigo” histórico.

Y su propia definición depende del tipo de “enemigo” seleccionado. Y
la crítica al opuesto cobra mayor importancia que el diagnóstico y los pro-
gramas. Para colmo, aparecer frente a la sociedad con posiciones contun-
dentes, intransigentes, y agresivas, le otorga una mayor visibilidad debido a
las prácticas deformadas de los medios masivos de comunicación.

Una concepción progresista consiste en resolver problemas concretos y
para ello se requieren diagnósticos, elaboración de programas y articular
acuerdos para implementarlos. Las políticas regresivas, en su lugar, despla-
zan ese debate y crean el centro de atención en la búsqueda del culpable.

Y esa adjudicación de responsabilidad se convierte en el fundamento de
la imposibilidad de dialogo con malvados congénitos. No existe diálogo
posible con un abortista, pues se trataría de un “asesino”. Una justificación
similar se produce cuando existen intereses (económicos, culturales, etc.)
claramente definidos que invalidarían, de partida, todo diálogo: “jamás po-
dría sentarme a consensuar con la Sociedad Rural Argentina, culpable de
todos los males políticos y socio-económicos del país”

Todos lo que no comparten sus criterios son los “malos”, y esa maldad
congénita convierte en un absurdo cualquier tipo de negociación. El resul-
tado concreto son las políticas pendulares tan características de Argentina,
donde cada grupo político cuando accede al gobierno, frente a la imposibi-
lidad de dialogar, impone, de manera unilateral, su propia agenda. Un ele-
mento más que dificulta establecer políticas de largo plazo.

Y todos los intentos de debate fracasan, pues de partida se esgrimen los
valores subjetivos considerados irrenunciables, es decir, la piedra basal so-
bre la que construyen toda su ideología.

Y esto, que ha caracterizado históricamente a los grupos regresivos, hoy
es acompañado por la vieja izquierda. Estos adhieren fervorosamente a la
política de generación artificial de “grietas” a las que confunde con las con-
tradicciones propias del capitalismo, originadas en procesos objetivos y
autónomos.

Y ambos, se presentan como populismos, de derecha e izquierda, coin-
cidentes en una filosofía informal de tipo subjetivista y voluntarista bajo
formas compulsivas, cuyo único norte es la búsqueda de culpabilidades “ad
hominem”. Su propia definición no existe. Solo se identifican por el
“enemigo” elegido. Y éste va variando de acuerdo a la coyuntura política.

Pero a ese “paquete” le está faltando un “moño”. Una fuerte compulsión
a escapar del anonimato, impuesto por el contexto cultural, termina de di-

señar las políticas regresivas. Resulta de la necesidad de destacarse en un vasto océano donde se sienten sumergidos e ignorados. Y de esa manera, mediante declaraciones altisonantes y agresivas, de segura repercusión en los medios, recuperar una supuesta identidad perdida. No por casualidad, sus más importantes difusores son personajes con un pasado popular (artistas, deportistas, comunicadores, políticos), intentando por esa vía, conservar y/o recuperar su fama.

5.3.3. La comunicación de las políticas regresivas

El mensaje de la derecha “prende”. ¿Por qué? Su comunicación conlleva *inmediatez, emotividad y una estética disruptiva*. Todo aquello compatible con una intuición moldeada por la cultura dominante

La inmediatez implica no solo suponer tras un problema, siempre resulta posible una “solución”, sino también una alta compatibilidad con una gran cantidad de acciones diarias, actualmente disponibles, a sólo un “click” de computadora. Y esta rapidez, aparece como incompatible con los procedimientos de la democracia (tiempos parlamentarios, burocracia ejecutiva, plazos y chicanas judiciales, debates con argumentos circulares -sin salida posible- y culpas siempre “ajenas”). La necesidad de una “solución” sin dilaciones, mediante regímenes autocráticos, resulta casi obvia.

La emotividad en la comunicación induce reacciones viscerales, es decir “tocar la cuerda” de los sentimientos mas primitivos: “el aborto es un asesinato”, “la propiedad privada es un derecho natural”, “la vacunación obligatoria atenta contra el principio sagrado de la libertad”, etc.

También se realiza mediante una estética disruptiva: discursos con palabras seleccionadas por su alta agresividad y expresada con gestos de apasionamiento, y a los gritos. Y todo acompañado de símbolos expresando una fuerza irracional. En Argentina ha reaparecido en los actos políticos la figura del león, utilizada hace décadas por el grupo Tacuara, símbolo del extremismo regresivo, en la historia política de Argentina.

5.3.4. El papel de la difusión en las políticas regresivas

“Sobre llovido [. . .] mojado”, dice un refrán español para expresar la acumulación de problemas. A todo lo revisado, debemos sumar las condiciones tecnológicas actuales permitiendo la hiper-difusión de las concepciones regresivas.

En todas las etapas civilizatorias se dieron condiciones de crisis, donde las condiciones culturales prevalecientes en esa coyuntura, orientaban a reaccionar de manera regresiva. Aun con la imprenta ya desarrollada, el principal instrumento de difusión fue la transmisión del “boca a boca”, bajo la forma de rumores. Hace siglos, una aldea de cientos de habitantes po-

día conocer los nuevos acontecimientos y la diversidad de sus interpretaciones, sólo minutos después de sucedido los hechos.

Si esto ya era posible, hoy con internet y sus redes, esa “aldea” ya es el planeta entero, y los minutos se transformaron en milisegundos. Más aun, la difusión de las versiones regresivas, tales como el negacionismo y la conspiración, constituye el grueso de la información circulando por las redes. Una “navegación” por ellas, resulta semejante a la visita a un pabellón de pacientes agudos de un neuro-psiquiátrico.

Las perturbaciones están originadas en crisis agudas, superpuestas y mutuamente potenciadas, para cuya comprensión, los cánones culturales vigentes, como en el pasado, son insuficientes. Se crean las condiciones óptimas para la circulación de noticias, aunque falsas, generadoras de una sensación de explicación y control de nuevas situaciones, desconocidas, y hasta ese momento, inimaginables. Y la infraestructura de Internet y las redes sociales, resultan el instrumento ideal para vehiculizarlas.

En la técnica comunicacional se las conoce como las “fake news” y su proliferación se ha multiplicado en pandemia. La Organización Mundial de la Salud (O.M.S.) la ha designado con el término “infodemia”. La dimensión alcanzada por la circulación de este tipo de información y su predominio en las redes, hace inútil toda comparación cuantitativa.

Las condiciones de crisis son el terreno fértil para su proliferación. Y en el último periodo, pandemia y políticas han sido los temas dominantes. Y en ambos emergen las formas más importantes bajo las cuales se expresan las políticas regresivas frente a las crisis: la negación y la conspiración.

De esto surge un interrogante por demás elemental. ¿Porque “prende” tanto la difusión de las fake news? Resulta posible, pues trabajan sobre un terreno cultural ya abonado. En los periodos de crisis, sólo se exacerban las tendencias históricas subyacentes.

Hemos tenido oportunidad de analizar ese campo cultural, donde sus principales características derivan de la penetración profunda y masiva del conocimiento subjetivo y voluntarista. Todo el entorno (familia, educación, posición social, experiencias personales, etc.) diseñan una forma de pensamiento, y los medios masivos de comunicación, a través de la información y la publicidad, la reproducen y potencian. Se trata de un bombardeo ideológico permanente.

En un contexto cultural de esa naturaleza, la concepción filosófica informal acerca de la realidad, no puede ser otra que de tipo subjetivista. Aunque de manera informal, el mensaje transmitido es la inexistencia de una realidad objetiva. Solo existen opiniones sobre esa realidad y por ende ésta, resulta posible moldear como una plastilina. Basta decisión y coraje.

La subjetividad y el voluntarismo, el versus del pensamiento crítico, ha penetrado, y de manera muy profunda, haciendo posible su aceptación, pues se considera como algo inherente a la naturaleza humana.

Tras esto, una reversibilidad perfecta (todo problema tiene una solución) y por ende un rechazo visceral a la existencia de procesos, sus formas acumulativas y puntos de inflexión, y algunos de ellos en condiciones de no retorno. Un terreno fértil para receptar propuestas delirantes, es decir, alguna pócima mágica basada en el negacionismo y la conspiración, prendiendo y multiplicando con asombrosa facilidad.

Uno de los aspectos fundamentales de ese contexto cultural, resulta de su reproducción y potenciación por parte de los medios masivos de comunicación. Estos contribuyen, de manera decidida, a la aceptación de las concepciones regresivas. Si analizamos el torrente de información, observaremos en el periodo previo al predominio de las actuales “fake news”, la existencia de elementos, hoy claves en la difusión de criterios regresivos.

Esas características históricas de los medios, continúan vigentes, y conllevan deformaciones por demás singulares:

- Información aislada. No solo bajo un aspecto unidimensional, sino aislada de su propio contexto, es decir, las vinculaciones dentro de esa misma dimensión (origen, historia, procesos, etc.).
- Información aislada del resto de dimensiones de la realidad (socio-económica, ambiental, biológica, cultural, institucional, etc.).
- Elusión sistemática de toda referencia acerca del origen objetivo de las crisis, sus entrelazamientos y procesos.
- Prioridad a la información subjetiva y voluntarista. En lugar de hechos objetivos y sus procesos, el grueso de la información son opiniones acerca de los hechos, y opiniones sobre esas opiniones. La realidad aparece como un juego infinito de imágenes realizada con espejos contrapuestos.
- Prioridad a la información referida a la responsabilidad “ad-hominem” de los acontecimientos (negativos o positivos), de donde surgen “amigos” y “enemigos”.

Y si a estas condiciones, ya existentes hace siglos, las ubicamos en el contexto tecnológico actual y le sumamos el manejo ultra concentrado de la información y las redes, ¡cartón lleno! De esta manera, los medios masivos de comunicación, hoy multiplicados por la parafernalia electrónica, no solo reproducen los sesgos culturales, sino también los potencian.

Estamos ante un problema de profundas raíces culturales. Pretender frenarlo, en condiciones de creencia masiva en esa información y la posibilidad de su reproducción instantánea a nivel planetario, a sólo un “click” de

computadora, convierte cualquier intento, aún de máxima regulación, pero sólo nivel nacional, en algo estúpido.

Tampoco será posible superar, mientras no se introduzca en la enseñanza escolar la formación de un pensamiento crítico, uno de cuyos instrumentos es la valoración de las fuentes de información, único antídoto frente a cientos de millones de páginas web. De esa manera, cada individuo podría desarrollar una capacidad de auto-defensa frente al bombardeo cultural. Pero de esa posibilidad, en materia educativa, aún estamos a “años-luz”.

Sin embargo, así como la sociedad utiliza la parafernalia electrónica para descargar la neurosis generada en la “olla a presión” de las grandes ciudades, donde reside el grueso de la población mundial, también Internet y sus redes han dado probadas muestras de su impacto progresivo.

Esa tecnología ha logrado superar la forma unidireccional de la comunicación, típica de la radio y televisión del siglo XX, con un solo emisor del mensaje y millones de receptores pasivos. Ahora, ese receptor también puede convertirse en un emisor activo. Y en todo el mundo también ha sido utilizada con un sentido progresivo, desnudando las fallas del sistema socioeconómico: denuncias del tráfico ilegal de capitales, de acciones regresivas en materia política y de género, vehículo de movilización por reivindicaciones, etc.

Estas condiciones donde la tecnología genera crisis con efectos en todas las direcciones, resulta una prueba más, acerca de la simultaneidad de sus efectos progresivos y regresivos en los periodos de percepción humana del tiempo.

En este caso, se trata de una crisis provocada por la aparición de una tecnología disruptiva. Y al no contar con regulaciones y cambios educativos adecuados, adquieren preeminencia sus efectos regresivos, como la infodemia. Sin embargo, al mismo tiempo, está generando condiciones en la conciencia social para su futura superación.

5.3.5. Los efectos de las políticas regresivas

El criterio básico de las políticas regresivas consiste en segar los avances progresivos logrados en el muy largo plazo. A ellos adjudican la raíz de las actuales presiones hacia cambios progresivos, y contra los cuales emprenden batallas épicas. Allí aparecen las tendencias autocráticas, racistas, machistas y una larga retahíla de etcéteras, tan característicos de este tipo de orientación.

En ese contexto de pensamiento, la dinámica de las civilizaciones se produce sólo, a partir del azar y de las decisiones de “buenos” o “malos”. Y cuando las crisis se hacen evidentes, aparecen las “explicaciones” negacionistas o conspiranoicas.

O se niega su existencia, o son conspiraciones de los “poderosos” para hacernos creer la existencia del problema, a fin de facilitar sus proyectos de dominación. Es otra forma de expresar la negación de la existencia del problema, pues habrían sido creados de manera artificial.

El problema político central radica en la tendencia conspiranoica, pues también conlleva, tras de sí, la negación que los propios procesos van diluyendo. Bajo esa perspectiva, los efectos considerados negativos, sólo pueden haber sido provocados por personas o grupos orientados por políticas, ideologías, etnias, religiones, etc., que conllevan un estigma de maldad congénita. Sólo basta identificarlos y aniquilarlos, para evitar sigan haciendo daño.

Desgraciadamente sobran los ejemplos históricos donde aparecieron esos “culpables” de carne y hueso. Y su “aniquilamiento” no fue algo simbólico. Fue concretado, y de la manera más sangrienta imaginable. No señalamos sólo una “rosa de los vientos” de las ideologías y las políticas. Intentamos explicar el origen de las más graves tragedias de la historia de la humanidad y el riesgo de volver a ocurrir.

Las políticas regresivas surgidas de estos esquemas de pensamiento, son por demás elementales. No exigen ningún grado de elaboración pues han sido construidas en base a una simplificación extrema. El único requisito político resulta de reaccionar de manera negativa y violenta, ante los cambios potenciales en el nivel de conciencia global, pues éstos permitirán asumir tendencias progresivas sugeridas a partir de una lectura objetiva de esa crisis.

El antecedente inmediato al actual desarrollo de concepciones regresivas es la irrupción del fascismo en la escena política mundial en las primeras décadas del siglo XX. Fue una reacción al impacto de crisis agudas, superpuestas y entrelazadas, sugiriendo salidas alternativas en base a criterios progresivos.

Hoy, esa línea de reacciones regresivas frente a las crisis actuales, o bien las niegan de plano, o bien, se acepta su existencia pero es adjudicada a acciones malignas realizadas por un listado de “enemigos”, equivalente al elaborado hace un siglo por el fascismo. Y el daño producido llega hasta la democracia misma. No nos referimos a limitaciones para su avance, sino al riesgo de su desaparición lisa y llana.

En lugar de avanzar en las formas democráticas (participación, transparencia, etc.), las políticas regresivas están orientadas a hacer desaparecer sus actuales formas procedimentales y delegativas, aunque con serias limitaciones debido a trampas electorales, clientelismo político y corrupción.

La importancia de esas políticas regresivas es de primer orden. Y se transparenta, con solo observar los actuales procesos políticos en el mundo. En muchos países ha comenzado a constituirse en el “separador de aguas” de los procesos electorales, con una definida tendencia hacia su generalización, abarcando todo el planeta.

La profundidad de este proceso está modificando el eje del debate, superando la divisoria tradicional de las últimas décadas, tales como: “derecha versus izquierda” “neoliberalismo versus intervencionismo estatal”, “populismo versus republicanismo”.

La ideología de quienes promueven visiones negacionistas y conspirativas tiene como meta, no solo su difusión, sino también conlleva la compulsión a imponerlo al resto. Y para concretarlo deben acceder a los gobiernos. Y en términos electorales, ya no constituyen grupos marginales. Incluso son o fueron gobierno en el pasado inmediato, en base a triunfos electorales. No por casualidad, similar a lo ocurrido en el siglo XX, donde el ascenso de aquella ultra derecha se realizó por métodos democráticos.

Estas condiciones han obligado a sectores políticos progresistas a unirse, al menos electoralmente, de manera formal o informal con los grupos políticos prevalecientes en las anteriores condiciones, tales como de centro izquierda y de centro derecha, hoy desplazadas de los procesos electorales por efecto de crisis no asimiladas.

Para explicar este fenómeno basta con preguntarse: ¿de no poder evitar el acceso al poder de esos grupos regresivos, qué grado podría alcanzar el castigo a los “culpables” del infinito nivel de maldad, subyacente en las denuncias conspirativas? Los casos actuales de Chile, Brasil, EE.UU. y Francia, resultan aleccionadores al respecto.

5.3.6. La neutralización de las políticas regresivas

Para contrarrestar sus efectos, debemos comenzar por aplicar nuestro enfoque sobre las formas de ese tipo de pensamiento. Mostrar cómo, el sesgo cognitivo va unido, de manera indisoluble al sesgo político, con el cual se establece una retroalimentación permanente.

Por otra parte debe resaltarse su versus, la necesidad de indagar la realidad a través de modelos complejos, cuya característica central deriva de una profunda relación entre los aspectos epistemológicos (como pensamos, como creemos, como conocemos, etc.), y la elaboración de acciones políticas, es decir, como definir los conflictos y los acuerdos.

Está pendiente indagar, con el aporte de la ciencia política y la psicología social, como impactan las crisis en las condiciones culturales para hacer posible llegar a asumir, de manera masiva una interpretación regresiva de la

crisis. Un ejemplo concreto de esto, es la aceptación generalizada del uso de argumentos no falsables, es decir imposibles de ser probados o negados.

Nos interesa remarcar algunos puntos respecto a ese tipo de argumentos. No son sólo el resultado de una mera excusa esgrimida al calor del debate. En la mayoría de los casos, se trata de una trampa construida adrede y por ende, requiere, de un cierto grado de elaboración previa.

Más grave aún, supone por parte de quien elabora esos argumentos no falsables, el conocimiento acerca de condiciones vigentes en la sociedad. En particular, de la composición de sus pautas culturales y como usufructuar de ellas, a fin de abonar sus criterios políticos regresivos. Esas condiciones hacen posible asumir esos argumentos, como verdades “evidentes por sí mismas”, y por ende irrefutables.

Y sus criterios más importantes derivan de extender, al territorio de la política las creencias religiosas: existencia de seres todopoderosos ejerciendo su voluntad sobre el universo; presencia de seres celestiales y del inframundo dotados de una bondad o malignidad infinita; la infalibilidad transmitida a líderes terrenales “elegidos”; el fatalismo; etc.

La mayoría de la población, imbuida de ese entorno cultural, al sentirse superada por la complejidad de las interacciones de la realidad, genera la necesidad compulsiva de sensaciones de orden y control de esa realidad. Y los “líderes” se la entregan, introduciendo explicaciones de esa realidad mediante esquemas de sencillez extrema, donde juegan un papel fundamental la lucha permanente entre fuerzas poderosas, dotadas, de una malignidad o de una bondad infinita. Es la forma actual de reproducir el pensamiento mágico vigente en la prehistoria.

Para salir de esa trampa planteamos, tanto en la fase analítica, como en la política, la necesidad de articular el conocimiento científico, las condiciones culturales y las acciones concretas.

Pero en política se está haciendo el versus de esto. Se enfrenta el pensamiento regresivo con un “progresismo” influido por el subjetivismo y el voluntarismo, justamente, las características básicas del pensamiento regresivo. Un accionar, francamente suicida.

Pero es el terreno sobre el que se mueve la mayoría de la “vieja izquierda” ahora transformada, y de manera masiva, en “populismo de izquierda”, dado el impacto sobre su conciencia grupal, provocado por la caída del “muro de Berlín”.

Se trata de una concepción donde justamente, los grupos regresivos, ahora autodenominado “populismo de derecha”, se sienten como “pez en el agua”, y por ende, los supuestos “izquierdistas” están contribuyendo, y de

manera decidida, a crear las condiciones para que el pensamiento regresivo pueda crecer sin límites, sobre todo en coyunturas como las actuales.

En la próxima reunión continuaremos esta temática, con la construcción de políticas progresivas.

Lic. Daniel Wolovick

Córdoba, Julio de 2022.